

Y en el mismo

en su tiempo

FRANC

la república platónica, al que arrastró a discípulos fascinados por la búsqueda de una revolución de las conciencias. Con la pretensión de aplicar sus tesis a todos los dominios del saber, se equivocó en lo concerniente a las innovaciones literarias de sus contemporáneos — que tomaron sin embargo sus modelos —, desconoció el arte y la pintura de su tiempo y adoptó posiciones ideológicas y políticas bastante conservadoras, pero impuso a la subjetividad moderna una pasmosa mitología de los orígenes cuyo poderío parece más vivo que nunca cuando más se intenta erradicarlo. Al margen de la historia del «hombre ilustre», abordé, como contrapunto, la de algunos de sus pacientes que llevaron una «vida paralela» sin relación con la exposición de su «caso». Otros reconstruyeron su cura como una ficción y, por último, aun otros, más anónimos, salieron de las sombras gracias a la apertura de sus archivos.

Freud siempre pensó que lo que él descubriría en el inconsciente anticipaba lo que sucedía a los hombres en la realidad. Por mi parte he decidido invertir esa proposición y mostrar que lo que Freud creyó descubrir no era, en el fondo, sino el fruto de una sociedad, de un entorno familiar y de una situación política cuya significación él interpretaba magistralmente para presentarla como una producción del inconsciente.

He aquí al hombre y la obra inmersos en el tiempo de la historia, la larga duración de una narración donde se mezclan pequeños y grandes acontecimientos, vida privada y vida pública, locura, amor y amistades, diálogos de largo aliento, agotamiento y melancolía, tragedias de la muerte y la guerra y, para terminar, exilio hacia el reino de un futuro siempre incierto y siempre por reinventar.

PRIMERA PARTE

VIDA DE FREUD

Aquí se describe la vida de Freud, desde su infancia en Praga hasta su llegada a Viena, su formación médica y su descubrimiento de la psicanálisis.

El capítulo describe la vida de Freud en Viena, su matrimonio con Martha Bernson y su familia, así como su descubrimiento de la psicanálisis y su desarrollo como teoría.

Este capítulo describe la vida de Freud en Viena, su matrimonio con Martha Bernson y su familia, así como su descubrimiento de la psicanálisis y su desarrollo como teoría.

Este capítulo describe la vida de Freud en Viena, su matrimonio con Martha Bernson y su familia, así como su descubrimiento de la psicanálisis y su desarrollo como teoría.

Este capítulo describe la vida de Freud en Viena, su matrimonio con Martha Bernson y su familia, así como su descubrimiento de la psicanálisis y su desarrollo como teoría.

Este capítulo describe la vida de Freud en Viena, su matrimonio con Martha Bernson y su familia, así como su descubrimiento de la psicanálisis y su desarrollo como teoría.

Este capítulo describe la vida de Freud en Viena, su matrimonio con Martha Bernson y su familia, así como su descubrimiento de la psicanálisis y su desarrollo como teoría.

EUROPEAN HISTORY

The European history of the 19th century was a period of great change and development. It was a time when the continent was united under a common ideal of progress and enlightenment. The French Revolution had inspired a sense of purpose and ambition across the continent, leading to the rise of nationalism and the desire for self-determination. The Napoleonic Wars had shown the power of a centralized state, and the Congress of Vienna had sought to restore a balance of power. The 19th century was a time of great achievement and progress, and it was a time when the European continent was united under a common ideal of progress and enlightenment.

European history of the 19th century was a period of great change and development. It was a time when the continent was united under a common ideal of progress and enlightenment. The French Revolution had inspired a sense of purpose and ambition across the continent, leading to the rise of nationalism and the desire for self-determination. The Napoleonic Wars had shown the power of a centralized state, and the Congress of Vienna had sought to restore a balance of power. The 19th century was a time of great achievement and progress, and it was a time when the European continent was united under a common ideal of progress and enlightenment.

Los comienzos

A mediados del siglo XIX, la aspiración de los pueblos europeos a disponer de sí mismos inflamaba los espíritus. Por doquier, de este a oeste, tanto en el corazón de las naciones ya democráticas como en el seno de las comunidades todavía arcaicas o de las minorías integradas en los Imperios Centrales, un nuevo ideal de emancipación surgía en las conciencias, ilustrando la gran profecía enunciada por Saint-Just en 1794: «Sepa Europa que ya no queréis un solo desdichado ni un solo opresor en territorio francés; fructifique este ejemplo sobre la tierra [...] La felicidad es una idea nueva en Europa».

El año de 1848 puso en marcha un viraje. Primavera de los pueblos y de las revoluciones, primavera del liberalismo y del socialismo, aurora del comunismo. Tras años de guerras, masacres, sojuzgamiento, rebeliones, hombres de lenguas y costumbres diferentes reclamaban la abolición de los antiguos regímenes monárquicos restaurados en los países donde la epopeya napoleónica había contrabuido, no mucho tiempo atrás, a difundir los ideales de 1789: «Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo», escribían Marx y Engels en 1848, y proseguían: «Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma».¹

Si esas revoluciones fueron reprimidas en toda Europa, las ideas que expresaban siguieron propagándose de manera contradictoria, según se refirieran a la Ilustración francesa, caracterizada por la búsqueda de un ideal de civilización universal fundada en una práctica política, o, al contrario, en la *Aufklärung* alemana, cuya vocación filosófica tenía sus orígenes en la religión protestante.²

Sin embargo, a mediados del siglo XIX esas dos concepciones de la Ilustración (civilización y *Kultur*) —la primera universalista, y la segunda más identitaria— entraron en contradicción con los regímenes políticos deseosos de restaurar, bajo nuevas formas, el antiguo orden del mundo, gravemente quebrantado por la primavera de las revoluciones. Así apareció el nacionalismo.

Para responder a la aspiración de los pueblos y luchar contra la universalización de los ideales de la Ilustración, la burguesía industrial en plena expansión hizo suya la idea de nación para transformarla en su contrario. Procuró entonces unificar, no a los hombres entre sí, sino naciones jerarquizadas concebidas como entidades distintas las unas de las otras, cada una de ellas asimilada a la suma de sus particularismos. El principio afirmado por la Ilustración francesa, conforme al cual el hombre debía definirse como un sujeto libre, y el ideal alemán de la cultura identitaria fueron sucedidos por una doctrina fundada en la obligación en que se veían todos los seres humanos de pertenecer a una comunidad o una raza: el hombre en sí no existe, se decía; solo hay hombres sujetos a un territorio, a un Estado nación. Cada uno tenía el deber de ser francés, italiano, alemán, antes de ser un sujeto de derecho, al margen de toda pertenencia.

En ese mundo europeo en plena mutación, también los judíos aspiraban a un ideal de emancipación. Convertidos en ciudadanos con todas las de la ley desde 1791, los judíos franceses habían ganado los mismos derechos que los demás ciudadanos, pero a condición de renunciar a la carga de la doble identidad. Para ellos solo debía contar el acceso al estatus de sujeto de derecho, liberado de las servidumbres de la religión y del inflyjo comunitario. En virtud de ello se les había autorizado, en privado, a practicar el culto de su preferencia. Al mismo tiempo el judaísmo se convirtió, para el Estado laico, en una religión como cualquier otra; dejaba de ser la religión madre, la religión odiada desde la Edad Media, la religión del pueblo elegido que había dado origen al cristianismo. La idea de que uno pudiera definirse como judío en el sentido de tener la identidad judía era contraria al ideal universalista del laicismo francés.

En Alemania, tierra de la Reforma luterana, el proceso de emancipación ambicionado por la Haskalá —el movimiento de la Ilustración judía fundado por Moses Mendelssohn— apuntaba, no a in-

tegrar a los judíos como ciudadanos con todas las de la ley, sino a permitirles ser a la vez «judíos y alemanes». Opuestos al jaisidismo, otro componente de la Ilustración que intentaba revalorizar la espiritualidad judía —sobre todo en Europa oriental—, los partidarios de la Haskalá afirmaban que los judíos modernos podrían vivir de acuerdo con dos pertenencias positivas: una dependiente de la fe, otra, del territorio. Con la condición, de todos modos, de que se deshicieran de los lastres de una tradición religiosa demasiado apremiante.

En la generalidad del mundo germanoparlante en vías de industrialización —de Europa del Norte a la *Mittleuropa*—, los judíos asquenzies no habían conquistado los mismos derechos que en Francia. Repartidos en las cuatro grandes provincias antaño situadas en el corazón del Santo Imperio Romano Germánico —Galizia, Moravia, Bohemia y Silesia— e incorporadas luego al Imperio austrohúngaro, ocupaban en realidad un territorio más amplio de fronteras indeterminadas —la famosa *Yiddishland*— donde se agrupaban en comunidades de una misma lengua y circulaban por una zona inestable entre Polonia, Lituania, Bielorrusia, Ucrania, Rumanía y Hungría.

Al no tener acceso a todas las profesiones, esos judíos estaban condenados, para escapar a la humillación de serlo, ya fuera a la conversión, ya fuera a la práctica del autoodio judío, ya fuera al éxito intelectual, a menudo vivido a la manera de una revancha: «Si los judíos se destacaron en la universidad», escribe William Johnston, «es porque sus familias los exhortaron a trabajar con más empeño para vencer los prejuicios».³

Los judíos emancipados del siglo XIX creían, así, ser capaces de escapar a la persecución ancestral mediante la integración en la sociedad burguesa industrial e intelectual de diferentes maneras, según el país donde habitaran: como ciudadanos con todas las de la ley en Francia, como individuos pertenecientes a una comunidad en Inglaterra y más adelante en Estados Unidos, como súbditos judeoalemanes en el mundo germánico y como minorías en los Imperios Centrales. Muchos de ellos transformaron su apellido con motivo de las distintas migraciones que los afectaron: de ahí el movimiento de germanización o afrancesamiento de los nombres polacos, rusos o ru-

manos en esa época. Y muchos renunciaron a la circuncisión o se convirtieron.

Pero a medida que el nacionalismo se apartaba de los antiguos ideales de la primavera de los pueblos, comenzaron a ser rechazados, ya no por su religión sino por su «raza», es decir, debido a una pertenencia identitaria invisible que parecía resistirse a las conversiones y que, al mismo tiempo, los forzaba a definirse, también a ellos, como originarios de una nación. Tal fue la paradoja del nacimiento del antisemitismo, que reemplazó al viejo antijudaísmo. El judío dejó de ser condenado al ostracismo por su práctica de la *otra* religión —el primer monoteísmo—; ahora se lo miraba como miembro de una raza en busca de una nación.

Si durante siglos los europeos solo habían tenido que vérselas con judíos *dispersos*, es decir, con un pueblo de parias consciente del rechazo que provocaba, y que entendía su unidad o su universalidad sin referencia a frontera alguna, pronto iban a tener que enfrentarse con un pueblo que, como ellos, estaba obligado a definirse como una nación: la nación judía. Pero ¿qué es una nación sin fronteras? ¿Qué es un pueblo sin territorio? ¿Qué son una nación y un pueblo compuestos de sujetos o individuos que, a fuerza de tener su origen en diferentes naciones, no son ciudadanos de ninguna parte?⁴

Fue en ese mundo en plena efervescencia, marcado por una urbanización y una germanización graduales de los judíos del reino de los Habsburgo, donde nació Jacob Kallmann (Kalman) Freud, en Tysmenitz, aldea (*shtetl*) de Galitzia oriental, el 18 de diciembre de 1815, seis meses después de la derrota de las tropas napoleónicas en Waterloo.⁵ Como muchos judíos establecidos en esa zona de Europa oriental, ahora incorporada al imperio de los Habsburgo, su padre, Schlomo Freud, originario de Buczacz, ejercía la profesión de comerciante. Tras el nacimiento de su hijo mayor, la mujer de Schlomo, Peppi Hofmann-Freud, hija de Abraham Siskind Hofmann, negociante en tejidos y otros artículos de primera necesidad, trajo al mundo otros dos varones —Abae y Josef— y una niña. El apellido Freud derivaba sin duda del nombre de pila Freide que llevaba la bisabuela de Schlomo.

Comerciante de lanas en Breslau, Abae tuvo muy poca suerte con sus hijos: un varón hidrocefálico y débil mental, otro que se vol-

vió loco. Al pensar en sus tíos y sus primos durante su viaje a París en 1886, Freud, por entonces ferviente admirador de Jean-Martin Charcot y convencido del origen hereditario de las neurosis, no vacilaba en afirmar que una tara neuropatológica atecaba a su familia: «En mi calidad de neurólogo me preocupan tanto estas cosas como a un marinero el mar». Y agregaba: «Estas cosas son muy corrientes en las familias judías».⁶

Hacia mediados de 1832, cuando tenía apenas diecisiete años, Jacob se casó en Tysmenitz con la joven Sally Kanner, hija de un comerciante. Según la costumbre todavía vigente en la época, las dos familias habían concertado el matrimonio. En un primer momento la pareja se alojó en casa de la familia Kanner, donde Sally trajo al mundo dos varones: Emanuel en 1833 y Philipp un año después. Tuvo a continuación otros dos hijos que murieron de pequeños.

Siskind Hofmann y Schlomo Freud se entendían a las maravillas. Como solía suceder en las familias extensas del *shtetl*, regidas por la ley del padre y los matrimonios consanguíneos, tres generaciones vivían bajo el mismo techo o en el mismo barrio. Las mujeres permanecían en el hogar para criar a los hijos en compañía de sus madres, hermanas, suegras, criadas o ayas, mientras que los hombres, padres, yernos e hijos, se encargaban de los negocios fuera de la casa: por un lado el poderío femenino reducido al territorio de lo íntimo y de las tareas domésticas, por otro el poder masculino en perpetuo exilio. Dentro de ese orden familiar, donde cada cual ocupaba un lugar bien definido desde el nacimiento hasta la muerte, las relaciones entre suegro y yerno revelaban ser tan importantes como las existentes entre padre e hijo, abuelo y nieto o tío y sobrino. Casado en la adolescencia y ya padre de dos hijos a los diecinueve años, Jacob perpetuó esa tradición. Como su padre, se habituó a acompañar a su abuelo materno (Siskind) en sus viajes de negocios a Moravia, donde la política austriaca de asimilación era más rigurosa que en Galitzia y, por lo tanto, más orientada no solo a la germanización de los judíos sino también a su integración en un modo de vida más urbano.

Los dos hombres dormían en posadas judías, respetaban los ritos ancestrales y, al hacerlo, chocaban con las leyes discriminatorias, a la vez que descubrían maneras de vivir más modernas que la suya en el

shetl. Uno seguía apegado a la herencia del jasidismo, en tanto que Jacob, si bien piadoso y perfecto conocedor de la lengua sagrada, comenzaba a interesarse en los ideales de la Haskalá.⁷ A los veinte años Jacob se convirtió en socio de su abuelo.

En julio de 1844 ambos iniciaron juntos un trámite administrativo con el fin de que los inscribieran en la lista de los judíos «tolerados» en Freiberg. Tras recordar a las autoridades que compraba paños en Moravia, que los llevaba a Galtzta para teñirlos y que sobresalía en el comercio de cáñamo, miel y sebo, Siskind reclamó además la prórroga de su pasaporte y el de su nieto. Luego de muchas y fatigosas gestiones se les concedió la «tolerancia».

Cuatro años después la revolución de los pueblos, que estremeció Europa, permitió a los judíos del Imperio austrohúngaro obtener derechos civiles y políticos. La urbanización progresaba a medida que, bajo el efecto de la explosión demográfica, las poblaciones judías de Galitzia emigraban al oeste y el sur.⁸ Jacob aprovechó esa situación para solicitar autorización a fin de fijar domicilio en Freiberg. Con el paso de los años des hizo lentamente los lazos que todavía lo ataban a la tradición jasídica de su padre, para romper mejor con la mentalidad del *shetl* e integrarse en la nueva sociedad burguesa.

Y como una manera de señalar su evolución, compró un ejemplar de la Biblia de Ludwig Philippson, primer traductor al alemán del texto hebreo. Publicada entre 1838 y 1854 y destinada al uso de los judíos reformados, la obra respetaba la integridad de las Sagradas Escrituras, pero acompañaba el texto de una lujosa iconografía tomada del antiguo Egipto. En la página de guarda Jacob dejó anotada la fecha del 1 de noviembre de 1848, como una manera de celebrar la primavera de los pueblos.

Convertido en liberal sin dejar por eso de salpicar sus conversaciones con numerosas anécdotas tomadas de la larga tradición del humor judío, Jacob terminó por ignorar las ceremonias religiosas. Pero tenía el cuidado de celebrar Purim y Pésaj como fiestas familiares. La primera conmemoraba la liberación de los judíos del Imperio persa, y la segunda, la salida de Egipto y el fin del sojuzgamiento del hombre por el hombre: dos fiestas de la libertad en las cuales se arraigaba su adhesión a los ideales de la rebelión de los pueblos.

LOS COMIENZOS

Entre 1848 y 1852 Jacob prosiguió con su vida itinerante. Tras la muerte de Sally se casó con una tal Rebekka, hija de un comerciante, con la que no tuvo descendencia, al mismo tiempo que su hijo mayor desposaba a los diecinueve años a una joven judía, Maria Rokach, cuya familia procedía de Rusia. En 1855 Maria trajo al mundo a su primer hijo, Johann (John) Freud, futuro compañero de juegos de su tío Sigmund, nacido un año después de él. Vino a continuación Pauline, nacida el 20 de noviembre de 1856.⁹

Emanuel, el primer hijo de Jacob, se convirtió a su turno en socio de su padre como este lo había sido del suyo y de su abuelo. En cuanto a Philipp, el menor, se mantuvo soltero y solo fundó una familia una vez instalado en Manchester, a donde había emigrado con su hermano alrededor de 1859, cuando su padre se marchó de Freiberg. Los dos hicieron fortuna en el comercio de telas y joyería. Jacob no mencionó nunca su segundo matrimonio, cuyas huellas fueron descubiertas por historiadores. ¿Había repudiado a Rebekka? No hay ninguna prueba. Algunos comentaristas inventaron toda una novela con referencia a esa segunda esposa, de la que no se sabe casi nada y cuya existencia Freud desconocía.¹⁰

Lo cierto es que el 29 de julio de 1855 contrajo un nuevo matrimonio con una muchacha, Amalia Nathansohn, hija de Jacob Nathansohn, agente comercial procedente de Odesa y radicado en Viena. Nacida en Brody en 1835 y única mujer en una fratria de cuatro varones, Amalia pertenecía a la generación de los dos hijos de su esposo. La unión fue bendecida conforme al rito reformado por Isaac Noah Mannheim. El oficiante recitó las siete bendiciones nupciales y el recién casado rompió un vaso bajo sus pies en recuerdo de la destrucción del Templo de Jerusalén.

Imperiosa, autoritaria y sin duda mucho más adigida que su madre y su abuela por la falta de libertad individual que aún forzaba a las mujeres de la época a ser exclusivamente madres, Amalia se negó a dejarse encerrar en la cárcel de un modelo familiar condenado a la extinción. Pero carecía, sin embargo, de los medios para rebelarse contra su condición de esposa en el hogar. Delgada, elegante, bella, jovial, capaz de una enorme resistencia física, psíquica y moral, supo conservar su autonomía en un mundo en plena mutación. Dio a ese marido que habría podido ser su padre ocho hijos en diez años, tres

varones y cinco niñas: Sigmund, Julius, Anna, Regine Debora (apodada Rosa), María (apodada Mirzi), Escher Adolfine (apodada Doñfi), Pauline Regine (apodada Paula) y Alexander. La enumeración hace notar que nunca dejó de estar embarazada entre la fecha de su nacimiento y la del nacimiento de su último hijo, en 1866. Por lo demás, no se sabe por qué, si era tan fértil, no tuvo más hijos luego de esa fecha.

El 6 de mayo de 1856, entonces, Amalia dio a luz a su primer hijo, Sigmund (Sigmund), llamado Schlomo-Shelomoh en homenaje al patriarca de Tysmenitz. Jacob, que había anotado en hebreo en su famosa Biblia la fecha de la muerte de su padre, ocurrida el 21 de febreiro, agregó la fecha de este nuevo Schlomo, «admitido en la Alianza» (circuncidado) una semana después.¹¹ En 1891 daría a su hijo esa obra como regalo de cumpleaños, luego de haberla hecho reencuadernar: «Hijo que es querido para mí, Shelomoh [...]. Te lo obsequié como recuerdo y signo de amor de tu padre, que te ama con amor eterno. En la ciudad capital, Viena, 29 de nisán de [5]651, 6 de mayo de 1891».¹²

Desde su nacimiento Sigmund fue para Amalia un motivo de orgullo y altivez. Ella lo llamaba «mi Sigi de oro», le hablaba naturalmente en yiddish y siempre lo prefirió al resto de sus hijos, convencida de que llegaría a ser un gran hombre. Un día, en una pastelería, se encontró con una anciana, que le anunció que su hijo era un genio. Se sintió con ello ratificada en su certeza, que Freud siempre juzgó ridícula: «Harto frecuentes han de ser tales profecías; ¡hay tantas madres esperanzadas y tantas viejas campesinas u otras viejas mujeres que han perdido su poder en la tierra y por eso se han vuelto al futuro!».¹³

Amalia transmitió su convicción a Jacob, que comenzó entonces a admirar a su hijo, en la creencia de que algún día sería superior a él. En tanto que los hombres de la familia, ayudados por sus yernos o sostenidos por sus suegros, siempre se habían visto como honrados comerciantes de lana y artículos surtidos, Jacob, que ahora se adhería plenamente a la Ilustración judía, pensó muy pronto que su hijo podría acceder a un destino distinto del de sus antepasados: ya no el negocio sino el saber. Lo inició, pues, en el relato bíblico como en una novela familiar genealógica, lo que le procuró un intenso placer. A lo

largo de toda su escolaridad el joven Freud seguiría empapándose de la lengua bíblica, en contacto sobre todo con Samuel Hammerschlag, su profesor de hebreo, que lo ayudaría además a financiar sus estudios: «En su alma», escribiría Freud en 1904, a la muerte de aquel, «ardía una chispa del mismo fuego que animó a los grandes sabios y profetas judíos».¹⁴

Dijera lo que dijese al respecto, Freud tomó así muy tempranamente conocimiento del texto sagrado. En la infancia nada lo atraía más que la saga egipcia de Moisés, las aventuras de José y sus hermanos o los múltiples matrimonios de los patriarcas centenarios que engendraban una numerosa descendencia con sus mujeres, sus concubinas o sus criadas. Adoraba a Sansón, Saúl, David, Jacob. En los textos del judaísmo reencontraba algunos rasgos estructurales de su propia familia, y más adelante deduciría de ellos que una gran familia es siempre una bendición al mismo tiempo que un motivo de inquietud. Afiicionado a deleitarse en sus fantasías y sus ensañaciones, le gustaba imaginar que su medio hermano Philipp, que vivía bajo el mismo techo que él, era el verdadero esposo de su madre y que su padre era su abuelo. Por eso tenía celos de ese soltero, en tanto que se entendía de maravilla con su otro medio hermano, Emanuel, que se había casado con una mujer de su misma generación. Algunos historiadores imaginaron, sin aportar la más mínima prueba de ello, que Philipp había sido realmente amante de Amalia.

Apegado a su joven y seductora madre, a quien amaba de manera egoísta, Freud la miraba en su infancia como una mujer a la vez viril y sexualmente deseable. Durante un viaje en tren, entre Freiberg y Leipzig, quedó deslumbrado con su desnudez, y más adelante contó un célebre sueño de angustia en el cual la veía dormida y transportada a su cama por personajes con pico de pájaro que le recordaban las divinidades egipcias reproducidas en la Biblia paterna. A continuación consideró que los niños que habían sido preferidos por su madre acarreaban consigo, una vez llegados a la edad adulta, un optimismo inquietante. Más aún, deduciría de esta convicción la idea de que las relaciones de amor entre las madres y los hijos varones son las más perfectas y despojadas de ambivalencia. En realidad, jamás pudo dilucidar la índole del vínculo que lo unía a su madre. Para él, el amor maternal —y más aún el amor de

la madre por el hijo varón— era algo que estaba en la naturaleza de las cosas.

Con su *nanny* descubrió otro aspecto del amor maternal. Con- tratada como niñera, Resi Wittek (o Monika Zajic)¹⁵ era vieja, fea y poco deseable: todo lo contrario de Amalia. Pero brindó a Freud afecto y sensualidad. En síntesis, algo carnal que le faltaba en la relación con su madre: «Ella fue», diría más adelante, «mi maestra en cosas sexuales. [...] [M]e ha lavado con agua entrojada, en la que se había lavado antes».¹⁶ Ardiente católica, Monika le hablaba en checo, le contaba historias de diablitos y santos y lo llevaba a iglesias en las que se celebraba el culto de María. Freud descubrió así la segunda religión monoteísta, religión de la carne, del pecado, de la confesión y de la culpa, con sus imágenes piadosas, sus rosarios, su iconografía barroca, sus representaciones del infierno. Cuando volvía a su casa, Sigmund predicaba y glorificaba el nombre del Dios de los cristia- nos. Pero al nacer Anna, Philipp, el «mal hermano», hizo encarcelar a Monika por robo. Privado de su madre, confinada en su habitación tras el reciente parto, y despojado de su nodriza, Sigmund comenzó a profetizar alaridos. Creía a pies juntillas que habían encerrado a Ama- lia en un baúl.

En 1905, en los *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud afirmó que las nodrizas poco concienzudas acariciaban los órganos genitales de los niños para adormecerlos.¹⁷ Al tomar conocimiento de esta observa- ción, varios comentaristas imaginaron a posteriori que Monika ha- bía sobado el pene del pequeño Sigmund y que ese era, a no dudar, el origen de la pasión de este por el estudio de la sexualidad huma- na.¹⁸ Así se abrió paso la idea de un Freud que había sufrido abusos de su nodriza, como tantos otros rumores en torno de la vida privada del fundador del psicoanálisis.

En su infancia Sigmund tuvo como compañeros de juegos a Pauline y John, con quienes formaba un trío. Treinta años después, en un artículo sobre los «recuerdos encubridores», contó que un hombre de treinta y ocho años, a quien él había curado de una fobia, había evocado un recuerdo infantil que enmascaraba otro mucho más re- primido.

De hecho, en ese texto Freud ponía en juego sus propios recuer- dos para ilustrar su teoría, y el hombre cuya historia daba a conocer

no era otro que él mismo. Dos primos y una prima juegan en un pra- do, decía, y cada uno de ellos recoge un ramo. Como la niña junta la mayor cantidad de flores, los dos varones, celosos, le arrebatan el ramo. Cuando ella se queja a una campesina, que la consuela y le da una rebanada de pan, los varones tiran las flores para ganarse también su parte de la hogaza: «Este pan me sabe exquisito en el recuerdo; y con esto se interrumpe la escena». Y unas páginas más adelante Freud señalaba «el punto de contacto [entre] el desflorar [y] el arrebatarse las flores».¹⁹

No hacía falta nada más para que algunos comentaristas, con- fundiendo realidad y fantasía inconsciente, aprovecharan para afir- mar que, en su infancia, Freud había desflorado efectivamente a su sobrina con la complicidad de su sobrino.

La leyenda de un Freud víctima de abusos de su nodriza y vio- lador de su sobrina encuentra su fuente, por lo tanto—como todas las otras leyendas—, en la propia obra freudiana, reinterpretada sin cesar al capricho de especulaciones o construcciones infundadas. En cambio, lo que está establecido con certeza es que Freud mantenía relaciones de complicidad y rivalidad con su sobrino mayor que él. Como todos los varones enfrentados a niñas de su edad, John y Sig- mund «a veces [se] portaban] cruelmente» con Pauline.²⁰ Eran inse- parables, se querían, se acusaban o se peleaban. Al comparar esta amistad infantil con la de Bruto y César, Freud hizo de ella la matriz de lo que más adelante serían sus relaciones con los hombres de su entorno, maestros, discípulos, amigos, adversarios, enemigos: «Un amigo íntimo y un enemigo odiado fueron siempre los requeri- mientos necesarios de mi vida afectiva; siempre supe crearlos a am- bos de nuevo, y no rara vez ese ideal infantil se impuso hasta el pun- to de que amigo y enemigo coincidieron en la misma persona».²¹

En 1860 la familia Freud se instaló en Leopoldstadt, un su- burbio popular de Viena poblado de judíos pobres que residían a veces en viviendas insalubres. Otra vez embarazada, Amalia en- ferrió de tuberculosis y tuvo que pasar varios períodos en los Cárpatos para restablecerse. En esa época Jacob seguía autocalifi- cándose de comerciante de lanas. Sin embargo, víctima de la me- canización de la producción de textiles, nunca logró llegar a ser un comerciante próspero. Con la ayuda de sus hijos del primer matri-

monio, no obstante, pudo asegurar una vida decente a su numerosa prole.

Después de haber sido la encarnación de una fuerte autoridad paterna, Jacob daba de sí mismo la imagen de un hombre débil y humillado. Por eso acariciaba, con más intensidad que nunca, el sueño de que su hijo disfrutara de un destino más glorioso que el suyo, pero sin olvidar, empero, honrar lo que él había sido antaño: «Mi Sigmund tiene más inteligencia en el dedo pequeño del pie que yo en la cabeza, pero jamás se atreveña a contradecirme». ²² Schlomo-Sigmund fue el primero en el extenso linaje de los Freud, procedentes de los *shetl* de Europa oriental, en acceder a otra carrera que la de comerciante. ²³

De esa época procede su identificación con figuras de conquistadores, vencedores luego vencidos, pero siempre dispuestos a vengar al padre o a superarlo: Aníbal, Alejandro, Napoleón. Lo testimonia el recuerdo que conservó de una escena de la infancia: el relato hecho por su padre de una vieja anécdota destinada a demostrarle que el presente era mejor que el pasado. Una vez, le había dicho Jacob, «vino [...] un cristiano y de un golpe me quitó el gorro y lo arrojó al barro exclamando: "[Judío, bájate de la acera]!". Y a la pregunta de su hijo sobre su reacción, había respondido: «Me bajé a la calle y recogí el gorro»». ²⁴

A esta escena que le disgustaba, Sigmund había opuesto otra, más ajustada a sus aspiraciones: el episodio histórico en que Aníbal había hecho jurar a su hijo Aníbal que se vengaría de los romanos y defendería Cartago hasta la muerte. ²⁴

De ese modo se afirmó en el imaginario del joven la preocupación por restablecer el recuerdo de un poder patriarcal que no debía de deshacerse ante su vista. La anécdota del gorro de piel, en efecto, contaba no solo la historia de una claudicación paterna frente al antisemitismo, sino también el itinerario de un hijo que desde muy temprano se había asignado la misión de revalorizar simbólicamente la ley del padre por un acto de rebelión a la altura de Aníbal. No solo había que superar al padre, sino que además era preciso cambiar de cultura sin traicionar jamás la identidad judía de los ancestros. Al tratar así su destino, Freud se asociaba a la historia de los hijos de la burguesía comercial judía del Imperio austronúngaro, obligados a des-

pojarse de su judaísmo para ser intelectuales o científicos. Para vivir como judíos, habían tenido que adoptar la cultura griega, latina y alemana.

Ernst Simon, un filósofo israelí de origen berlinés, afirmó en 1980 que Freud se había preparado para el bar-mitzvá y había realizado la ceremonia a los trece años. Y como prueba de lo que sostenía, traía a colación una confidencia del propio Freud. Este contó un día, en efecto, que a los catorce años le habían regalado las obras del escritor judío alemán Ludwig Börne, admirador de la Revolución francesa y heredero de la *Aufklärung*. Freud las conservó piadosamente como los únicos libros procedentes de su juventud. Y Simon deducía de ello que, en realidad, se los habían regalado al cumplir trece años y que, en consecuencia, se trataba de un obsequio recibido con motivo de su bar-mitzvá. Esta interpretación es seductora, sin duda, pero nada prueba que la ceremonia tuviera efectivamente lugar. En cambio, es indudable que Freud admiraba a ese escritor, de quien recordaba estas palabras: «Una viuperable cobardía para pensar nos refrena a todos. Más oprimente que la censura de los gobiernos es la censura que la opinión pública ejerce sobre nuestra labor espiritual». ²⁵

Durante el verano de 1865 Josef Freud, hermano de Jacob, fue detenido por posesión de billetes falsos. Algunos meses después lo condenaron a diez años de cárcel: «Mi padre, que a causa del disgusto encaneció en pocos días, solía decir siempre que el tío Josef no era un mal hombre, pero sí un idiota». ²⁶ Nada permite decir, como lo han hecho algunos comentaristas, que este asunto se habría ocultado al joven Sigmund, con la consecuencia de provocar en su subjetividad de adulto una gran «catástrofe» existencial. ²⁷ En realidad, Freud fue sensible a esa nueva humillación del padre y recordó en esa oportunidad que la relación de tío con sobrino había sido, en su propia infancia, un motivo de odio y amistad.

A los trece años intimó con Eduard Silberstein, hijo de un banquero judío rumano establecido en Jassy y luego en Braila, una ciudad a orillas del Danubio. ²⁸ Criado por un padre medio loco y sometido a la ortodoxia religiosa, Eduard aspiraba a ser un librepensador. Así, se hizo amigo y fue condiscípulo del hijo de Jacob en el *Realschul* de Viena y después en el *Obergymnasium*.

Se tejieron entonces lazos entre las familias de los dos adolescentes. Anna Silberstein y Amalia Freud se reunían en la estación terminal de Roznau para tomar las aguas y charlar sobre sus problemas domésticos, mientras los dos muchachos, apasionados por la literatura, se imaginaban que eran héroes de una novela. Para alimentar mejor sus ensorñaciones, fundaron una «Academia Castellana» en homenaje a su escritor predilecto: Cervantes. En ese cenáculo, que los tenía por únicos miembros, sus placeres intelectuales procedían de una libre práctica de la palabra iniciática. Intercambiaban sus misivas en alemán y castellano a la vez que aderezaban ambas lenguas con palabras que funcionaban como un lenguaje codificado. Y para mostrar su veneración por la novela picaresca, se asignaron nombres tomados del célebre «Coloquio de los perros» de las *Novelas ejemplares*.

En ese relato Cervantes presenta al perro Berganza, narrador veterano, y al perro Cipión, filósofo cínico y amargo, ambos hijos de la bruja Monticela, a quien deben su asombrosa facultad de disertar sobre los vagabundeos del alma humana. A través de ese coloquio el autor se entrega a una crítica feroz de las perversiones humanas y de las injusticias de su época.

No nos sorprenderemos de que Freud escogiera llamarse Cipión, como una autoafirmación de su fe en la incapacidad del ser humano para dominar sus pasiones. Y pese a ello, decía, «el hombre que piensa» es el único capaz de decidir al respecto: «Es su propio legislador, su confesor y su juez».²⁹

Fascinado desde temprana edad por esa concepción de la libertad humana, Freud, llegado a la adolescencia, tuvo con respecto a su propia sexualidad una actitud ambivalente. Por un lado soñaba las frustraciones impuestas por la sociedad en que vivía, al punto de considerarlas como la causa de los tormentos subjetivos más sombríos; por otro, consideraba la exhibición pulsional como una fuente de destrucción. De ahí un culto marcado por el control de los desórdenes del yo. Prefiriendo el deseo no saciado al goce de los cuerpos, no vacilaba en rememorar una escena infantil durante la cual había orinado en el dormitorio de sus padres en presencia de estos: «Escribió nunca llegaré a nada», había dicho Jacob. Desafiado por esa frase paterna, Freud no dejó de contabilizar, a lo largo de muchos años, todos sus éxitos intelectuales a fin de demostrarse que nunca sería un

inútil.³⁰ Judío sin Dios, puritano emancipado capaz de dominar sus pulsiones y criticar los pejuicios del puritanismo, presentó de sí mismo la imagen de un rebelde bien ordenado, apasionado desde su infancia por los misterios y las extravagancias de la sexualidad humana. Siempre se definía como un «liberal a la antigua usanza», alimentado por la *Neue Freie Presse*, principal diario del Imperio austrohúngaro,³¹ fundado en 1864, y en el cual colaboraban eminentes intelectuales vieneses: Hugo von Hofmannsthal, Stefan Zweig, Arthur Schnitzler, Theodor Herzl.

Durante el verano de 1871, acompañado por Eduard, Freud se alojó en Freiberg en la casa de la familia de Ignaz Fluss, comerciante textil y un viejo amigo de Jacob Freud. Turbado por la hija de Ignaz, Gisela, una niña de doce años que también era hermana de su carnada Emil Fluss, le dio el nombre de *Ichthyosaura* y se autodesignó como «príncipe del Liásico y señor del Cretácico», en referencia a un poema de Viktor von Scheffel sobre el fin de la era de los saurios, esos animales rebeldes al orden del mundo pero impotentes para impedir la catástrofe final.

Un año después Freud volvió a ver a Gisela. Con aparente indiferencia, la dejó regresar a su internado y luego comenzó a vagabundear por los bosques de su infancia, pensando en lo que podría haber sido su vida si sus padres no se hubiesen marchado de Freiberg y, en vez de hacer suyo el nuevo destino vienes, él hubiera aceptado tomar a su cargo el negocio de Jacob y casarse, a la misma edad que este, con una joven procedente de su medio.

Para poner mejor fin a la era prehistórica de los amores imposibles entre saurios —señor del Cretácico e *Ichthyosaura*—, explicó a Eduard que el verdadero objeto de su deseo no era Gisela sino Eleonora, la madre de esta:

Me parece que transferí a la hija, bajo la forma de amistad, el respeto que me inspira la madre. Soy un observador perspicaz o me tengo por tal: mi vida dentro de una familia numerosa, donde se desarrollan tantos caracteres, ha aguzado mi mirada y estoy lleno de admiración por esa mujer a quien no iguala del todo ninguno de sus hijos.³²

Eleonora Fluss tenía cualidades de las que carecía Amalia. Moderna, liberal, culta, se había deshecho del espíritu del gueto. En

cuanto a su marido, al contrario de Jacob Freud, se había mostrado capaz de superar la crisis que había vivido la industria textil. Al haber conservado su fortuna, no se había mudado de Freiberg a Viena, ciudad desierta por Sigmund, que amaba la naturaleza, las flores, las setas, los bosques, los animales y la vida al aire libre. Con motivo de ese retorno a la comarca natal, el joven se fabricó pues una doble «novela familiar». Mientras imaginaba lo que habría podido ser su vida si hubiera hecho carrera en el comercio textil, aspiraba también a otra parentalidad: tener un padre idéntico a Ignaz Fluss y una madre semejante a Eleonora. Esto le permitía, claro está, sublimar su atracción carnal por Gisela. Una manera entre otras de tomar distancia con respecto a su propio padre, que, a la misma edad que él, no se había visto obligado a refrenar su sexualidad.

Una anécdota muestra hasta qué punto el joven Freud era capaz de inventar una novela familiar conforme a sus deseos y, a la vez, juzgar con gran severidad a las familias que violaban las reglas de la compostura burguesa. Y, desde luego, consideraba que en el corazón de ese sistema las familias judías tenían el deber de ser más ejemplares que las demás. Por eso se horrorizó, en septiembre de 1872, al descubrir la banal grosería de un padre y una madre en el tren que lo llevaba de Freiberg a Viena:

Él era de la madera con que el destino, llegado el momento, hace malandrines: astuto, mentiroso, mantenido por su querida familia en la convicción de ser un hombre de talento, y todo eso acompañado de una ausencia de principios y de concepción del mundo. Una cocinera de Bohemia, dueña del más perfecto rostro de bulldog que yo haya visto en mi vida, completaba el panorama. Me harté de esa canalla. Durante la conversación me enteré de que la dama judía y toda su familia eran originarios de Meseritsch; justamente el montón de mierda que conviene a este tipo de producto.³³

Y algunas líneas más adelante, sensible al sufrimiento de las madres neuróticas, contra a Emil Fluss su encuentro, en el mismo tren, con «una mujer nerviosa, excitada, tremula, acompañada por una niña de doce años con rostro de ángel», a quien él no había dejado de mirar a lo largo de todo el viaje: «Llegaba así a Viena. Vi una vez más a la mujer nerviosa y la hija rubia, y me juré apuntar el lugar donde,

en la multitud vienesa, volviera a encontrarlas. De ese modo terminaba mi pequeña novela».³⁴

Educado de manera liberal, en el seno de un sistema familiar endogámico y todavía marcado por la tradición de los matrimonios concertados, Freud tuvo una infancia feliz entre un padre que habría podido ser su abuelo, una madre que habría podido casarse con su medio hermano y sobrinos que tenían la misma edad que él. Si bien sus cinco hermanas lo veneraban, también lo consideraban tiránico. Él vigilaba sus lecturas, no soportaba el ruido del piano —que lo perturbaba en sus preciosos estudios— y le parecía normal que quedaran relegadas en una sola habitación iluminada con bujías, cuando por su parte él tenía un cuarto para su exclusivo disfrute y contaba con el beneficio de una lámpara de aceite.

Como la mayoría de las mujeres de su generación, las hermanas de Freud no tuvieron otro destino que el de convertirse en esposas, madres o sirvientas, y no recibieron ninguna formación intelectual que les permitiera escapar a su condición. Anna fue la única que estudió para ser maestra. Hacia los dieciséis años comenzó a cortejarla un viejo tío de la familia Nathansohn que se había lanzado a la búsqueda de una nueva esposa y pretendía llevarla a Odesa. Horrorizado ante la idea de una unión consanguínea entre una adolescente y un viejo, Freud se opuso con la mayor firmeza.³⁵ Anna tuvo luego la fortuna de contraer un buen matrimonio con Eli Bernays, hermano de Martha, y de emigrar a Estados Unidos, donde sus cinco hijos disfrutaron de una vida próspera.³⁶

Rosa, la preferida de Freud, tan neurasténica como él, se casó con un jurista, Heinrich Graf, que murió al cabo de poco tiempo. Su hijo Hermann perdió la vida en la Gran Guerra, y su hija Cäcilie (Mausl) se suicidó en 1922 después de que, embarazada, su amante la abandonara.³⁷ Maria se casó con un primo lejano de Bucarest, Moritz Freud, con quien tuvo cinco hijos:³⁸ entre ellos un mortinato y otras dos víctimas de muerte violenta (suicidio y accidente). Casada con Valentin Winternitz, Paula, viuda tras esta unión, tuvo una única hija.³⁹ En cuanto a Adolfine, permaneció soltera y ejerció de ama de llaves de su madre, que le infligió numerosas humillaciones.

En el corazón de esta organización del parentesco, en la que las mujeres aún estaban privadas de todo acceso a un oficio y los primos

y los parientes cercanos se casaban unos con otros, a veces con diferencias de edad que transformaban a jóvenes esposas en viudas, Freud se convirtió muy pronto en un perspicaz espectador de la evolución de la familia burguesa y del paso de un modelo antiguo —el encarnado por su padre y su abuelo— a uno nuevo: el de los matrimonios por amor, fundado en la libre elección de los futuros cónyuges.

Al observar diversas familias cercanas a la suya, Freud se complacía en inventar relaciones entre madres, padres e hijos que, en realidad, no eran sino el espejo de las transformaciones del orden familiar a las que él mismo se enfrentaba. Y por eso fue tan sensible a la idea de que el padre estaba perdiendo su omnipotencia original y debía ahora compartir el poder con la madre.

El orden familiar que había impregnado a Freud en su infancia y durante su adolescencia descansaba sobre tres fundamentos: la autoridad del marido, la subordinación de las mujeres y la dependencia de los hijos. Al otorgar a la madre un lugar central, al precio de hacer mella en la autoridad paterna, el nuevo orden buscaba asimismo la manera de poner bajo control aquello que, en el imaginario de la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX, amenazaba dar libre curso a una peligrosa irrupción de lo femenino, es decir, a la sexualidad calificada de «histérica» o «nerviosas», que se juzgaba mucho más devastadora por no estar ya sometida a la función materna.

Para evitar ese «desastre antropológico» tan temido, y que tenía además como telón de fondo un descenso real de la natalidad y la fertilidad en Occidente,⁴⁰ médicos y demógrafos afirmaban que la mujer debía ser ante todo una madre a fin de que el cuerpo social estuviera en condiciones de resistir a la presunta tiranía de un goce femenino liberado de sus ataduras y capaz, decían, de aniquilar la sociedad.

Si el joven Freud, embargado por un deseo carnal, prefería ver en cada muchacha la sombra tendida de su madre, al extremo de enamorarse de ellas, era sin duda porque lo fascinaba la irrupción del deseo femenino. Lejos de rechazarlo o juzgarlo amenazante para la sociedad, quería aprehender su significación, explorarlo, verbalizarlo. Y al mismo tiempo adoptaba dos actitudes en apariencia contradictorias: una apuntaba a errotizar todas las relaciones intrafamiliares e

incluso a imaginar transgresiones e ignominias que solo existían en sus fantasías, y otra, al contrario, tendía a racionalizar la peligrosidad presunta de la pulsión sexual y a sofocarla, condición de una real emancipación de la sexualidad humana. Esta dialéctica siempre recurrente entre una afirmación del valor creador de la erotización y la necesidad de ponerla bajo control sería una constante en su vida y su obra.

Freud sintió muy pronto atracción por los mitos de la antigua Grecia, lo cual le permitiría más adelante trasladar a la clínica de las neurosis y las neurastenias de fines del siglo XIX un gran relato de los orígenes fundado en diversas formas de dualidad: dualidad entre los Titanes, divinidades primordiales, y los dioses del Olimpo, vencedores de las antiguas fuerzas telúricas; dualidad entre un principio de placer y un principio de realidad, entre lo irracional y lo racional, e incluso entre una pulsión de destrucción (Tánatos) y una pulsión de vida (Eros), etc.

La adhesión a una dialéctica de esas características ya daba testimonio de la política de la amistad propia del universo psíquico freudiano: el amigo indispensable está condenado a ser el indispensable enemigo. Siempre inclinado a las formulaciones tajantes y excluyentes, Freud se definiría sin cesar, frente a su entorno, como un contradictor audaz, dispuesto en todo momento a defender una posición extrema y asumir los costes correspondientes. Y atribuía ese ardor no solo a una construcción originada en sus relaciones infantiles con su sobrino John, sino también a una herencia ancestral: se sentía capaz, decía, de sacrificar su vida con el mismo júbilo de que habían dado pruebas los hebreos en la defensa de su Templo.

Durante los años pasados en la escuela secundaria Freud tuvo buenos profesores y fue un excelente alumno: el primero de su clase. De todas maneras, no vacilaba en erigirse en portavoz de sus compañeros para protestar contra un docente impopular o considerado ignorante. En junio de 1869 varios alumnos fueron sancionados por haber ido a lugares de mala fama. Freud no estaba entre ellos porque solo parecía interesarse en el saber y la cultura. No se le conoce ninguna relación amorosa significativa antes del matrimonio, y cuando Marie Bonaparte, siempre curiosa por los asuntos de la sexualidad, le preguntó si había tenido relaciones carnales en su juventud y, como

los jóvenes de su generación, frecuentado los burdeles de Viena, él hizo oídos sordos a su pregunta.⁴¹ Freud nunca habló de su vida sexual anterior al matrimonio, actitud que dio lugar a una multitud de rumores y juicios apresurados.

En el momento en que se preparaba para entrar en la universidad, el liberalismo parecía en plena expansión en el Imperio austro-húngaro. Sin embargo, al cabo de algunos meses se anunció una crisis financiera de extrema gravedad, que terminó por estallar en mayo de 1873, al mismo tiempo que una epidemia de cólera. Como consecuencia se produjo una serie de bancarotas y quiebras que se extendieron a toda Europa. Arruinados por un sistema económico al que se habían adherido con entusiasmo, los liberales perdieron poco a poco sus ilusiones, en tanto que las minorías nacionales ponían en entredicho, con sus reivindicaciones, la relativa estabilidad de la monarquía bicéfala. Se acusó entonces a los judíos vieneses urbanizados de ser los responsables de la desestabilización de los mercados. Los periodistas estigmatizaron sus presuntas «maniobras» y los caricaturistas disfrutaron de lo lindo propagando su veneno en la prensa. Aquí y allá florecían dibujos que representaban a agentes de cambio y bolsa de nariz ganchuda y pelo crespo.

Una vez más, en ese contexto, se tuvo a los judíos por responsables de la puesta en marcha de un proceso de transformación social que iba a culminar en una evolución de las costumbres fundada en una nueva organización de la familia. El pueblo judío, se decía, ¿no es desde siempre un pueblo errante sin patria ni fronteras, un pueblo maldito, movido por el afán de lucro y siempre dispuesto a propiciar comercios sexuales perversos? ¿No es incestuoso y sodomita por naturaleza? ¿No es el judío tan peligroso como el homosexual, el travesti o la histerica? ¿No es culpable, por su «feminidad» supuesta, de la destrucción de la familia patriarcal?

En esa época Viena se había convertido en el refugio de todos los judíos de Europa oriental, originarios de Galizia, Hungría, Rusia, Moldavia. Al contrario de Jacob Freud, en su mayoría habían logrado integrarse en la nueva sociedad liberal, en un principio como comerciantes o banqueros —en el caso de la primera generación— y luego como editores, periodistas, mecenas, abogados, escritores, poetas, científicos, filósofos, historiadores. Pero con la ampliación gra-

dual de la crisis, esta integración exitosa, de tipo comunitario, se tornó sospechosa a los ojos de la opinión pública y suscitó odios y discriminaciones.⁴²

El adjetivo «antisemita» lo había utilizado por primera vez en Alemania, en 1860, un eminente orientalista judío de Bohemia, que había calificado con ese término la expresión de un prejuicio hostil a quienes se llamaba entonces, con una palabra culta, ya no judíos sino semitas.⁴³ Frente a esta nueva forma de odio, el gran movimiento de emancipación de la Haskalá, nacido en la Ilustración, corría el riesgo de aparecer en lo sucesivo como una suerte de interludio. Hasta entonces denunciados por su pertenencia a una religión, los judíos eran estigmatizados como originarios de una «mala raza», la de los semitas. En 1879 la palabra dejó la esfera de los debates científicos entre filólogos para constituir, en la pluma del mediocre publicista Wilhelm Marr, el núcleo de una nueva visión del mundo: el antisemitismo.

Reivindicado por ligas de reciente formación, el antisemitismo terminó por dar cuerpo a un movimiento que promovía la expulsión de los judíos de Alemania con destino a Palestina, y su estigmatización como una «clase peligrosa» para la pureza de la raza germánica, llamada «aria». En pocos años, y hasta la Primera Guerra Mundial, el antisemitismo se difundió por toda Europa en numerosas variantes: biológica, higienista, racista, nacionalista.

Enfrentado durante sus años de universidad a esa mutación del antijudaísmo en antisemitismo, Freud se identificó cada vez más con el héroe de su juventud, Aníbal, general semita. A lo largo de sus estudios despreció a quienes lo trataban de «sucio judío» o esperaban que admitiera su «inferioridad racial». En varias ocasiones no vaciló, bastón en ristre, en poner en desbandada a diversos canallas que lo habían colmado de insultos. Como contrapunto, cultivó la idea de que al estar excluido, en cuanto judío, de la «mayoría compacta», podría conservarse una independencia de criterio que después le permitiría defenderse mejor de los prejuicios. Le gustaban muy poco «las liturgias del cuerpo social, los coros de protesta, las consignas anónimas entonadas al tuntún».⁴⁴

Hambriento de saber, soñador de gloria y conquista, consideró en un primer momento la posibilidad de emprender una carrera po-

lítica, para decidir luego que sería filósofo, después jurista y por último naturalista... Pensó varias veces en embarcarse en una nave y recorrer los océanos, a la manera de un Charles Darwin, el héroe de la ciencia moderna a quien más admiraba porque su doctrina, decía, «promería un extraordinario avance en la comprensión del universo». ⁴⁵ Pero también se comparaba con Cristóbal Colón, el aventurero de los mares, el descubridor del Nuevo Mundo. Deseoso de otra identidad y siempre preocupado por superar a su padre y acceder, por la gracia de maestros excepcionales, a una cultura científica, se inició entonces en los debates filosóficos de su tiempo de la mano de Franz Brentano, cuya enseñanza seguía.

Sobriño de Clemens Brentano e influido por la escuela romántica alemana, ese filósofo, que sería ulteriormente maestro de Husserl, exponía en su cátedra de Viena, entre 1874 y 1894, los principios de una psicología empírica centrada en un análisis de las modalidades de la conciencia del que estaba excluida toda forma de subjetividad. En ese aspecto Franz Brentano se presentaba como un renovador de las tesis del filósofo alemán Johann Friedrich Herbart, quien, en el linaje de Kant y Fichte, había sido uno de los fundadores de la ciencia psicológica moderna. Por eso tenía muchos discípulos en el mundo académico germanoparlante y sobre todo en Austria, donde médicos y pedagogos laicos reivindicaban su doctrina.

Con un enfoque basado en una concepción del yo que suponía la relación con una alteridad —un «no yo»—, Herbart había contribuido al estallido de la noción clásica de identidad subjetiva. Protesaba la idea de que el sujeto humano está dividido en una serie de átomos reprimidos en el umbral de la conciencia y que luchan unos contra otros para invadir esta última. En otras palabras, había planteado, durante la primera mitad del siglo XIX, los principios de una llamada teoría «dinámica» del inconsciente, en la que entraban en juego tres polos: la representación, la pulsión y la represión. ⁴⁶

Partidario del orden y el conservadurismo político, Herbart había sido en Alemania el iniciador de una pedagogía que valoraba el saber de los «expertos» en detrimento del espíritu inventivo. Muy apreciada por el medio académico vienés, su obra se había granjeado adeptos entre quienes a continuación intentaron reformar la enseñanza de las ciencias naturales y la medicina. Sin dejar de ser teísta

y de preconizar los valores de un catolicismo reformado, Brentano se consideraba seguidor de la doctrina hebartiana y apelaba a la noción de intencionalidad, que unía a la de representación para designar el acto mediante el cual la conciencia se orienta hacia un objeto. También distinguía dos categorías de actos mentales: los juicios de afirmación y negación y las actitudes conjugadas de odio y amor.

Freud recordaría esa enseñanza en el momento de elaborar su doctrina. Pero en esa época todavía soñaba con ir a la búsqueda de un doctorado de filosofía. Con la ayuda de su amigo y condiscípulo Josef Paneth, ⁴⁷ se propuso pues impugnar el teísmo de Brentano y adherirse al materialismo de Ludwig Feuerbach, un filósofo alemán que acababa de morir y cuya enseñanza estaba muy presente en la cultura vienesa de la década de 1870. Crítico del pensamiento hegeliano, Feuerbach había sostenido que la afirmación de una trascendencia llevaba a una alienación y que, para salir de esta, había que efectuar un retorno al hombre concreto. Sensualismo y crítica de la religión: esas eran las tesis que inspiraron precozmente a Freud y que, de hecho, contribuyeron en esa época a apartarlo de la especulación filosófica juzgada demasiado abstracta y, sobre todo, demasiado teológica. A través del sensualismo de Feuerbach, Freud llegó a tomar en consideración la diferencia de los sexos y el reconocimiento de una alteridad —un yo [je] y un tú—, y por la crítica de la alienación hizo suya la idea de que la religión era siempre un obstáculo al progreso del conocimiento humano. Así, el joven Freud se entregó a una admiración sin límites por ese filósofo materialista cuya vida y pensamiento había descubierto al leer la biografía dedicada a él por Karl Grün.

Después de librar batalla contra Brentano —su respetado profesor, que pese a ello aceptó dirigir su tesis—, Freud renunció a emprender una carrera de filosofía sin traicionar, empero, su adhesión al materialismo de Feuerbach. En 1873, a los diecisiete años, entró en la Universidad de Viena para realizar estudios científicos: anatomía, biología, zoología, fisiología, medicina. Pero como le gustaba prohibirse placeres a fin de acceder mejor a lo que juzgaba esencial para sí mismo, siguió dejándose seducir por el pensamiento especulativo. Por lo demás, este nunca estaría ausente de su proceder y, después

de 1923, terminaría por impregnar el conjunto de su obra: «En mi juventud», dirá a Jones, «me sentí muy atraído por la especulación filosófica, pero me aparté valerosamente de ella». ⁴⁸

Dotada de una organización excepcional, la gigantesca Universidad de Viena vivía por entonces un período de plena expansión pese a la existencia de graves dificultades financieras. En el ámbito de las ciencias naturales era una de las mejores de Europa por su capacidad de reunir a brillantes científicos del mundo germanoparlante, a menudo liberales en política y, en todo caso, duchos en las justas oratorias y las más famosas controversias. Entre ellos, Carl Claus, profesor de anatomía comparada y zoología, que había introducido el pensamiento darwiniano en Austria, y Ernst Wilhelm von Brücke, médico y fisiólogo de origen berlines, perteneciente a la gran corriente positivista y antivitalista representada por Hermann von Helmholtz y Emil Du Bois-Reymond.

Para comprender el papel desempeñado por esa enseñanza en la trayectoria de Freud, y sobre todo en su elaboración de una nueva dinámica materialista de la psique, hay que recordar que a fines del siglo XIX la fisiología dominaba los estudios médicos. Sobre la base del método anatomoclínico, conforme al cual la enfermedad es la expresión de una lesión orgánica, el enfoque fisiológico concebía esta como la consecuencia de una modificación funcional de un órgano. ⁴⁹ Pero también se apoyaba en la doctrina darwiniana, de la cual tomaba los instrumentos para interrogarse sobre el origen y la evolución de los organismos vivos, así como sobre las fuerzas instintivas que subyacen a la actividad humana. Sus representantes estaban, además, animados por un verdadero espíritu de cruzada, cuyo objetivo apuntaba a hacer valer, contra la vieja medicina romántica, la idea de que el organismo humano se componía exclusivamente de fuerzas físicas y químicas.

En treinta años, y sin crear escuela, los fisiólogos terminaron por imponerse como los representantes de una especie de vanguardia de la medicina de lengua alemana. Y aplicaron su modelo a la neurología y la psicología para unirlos y separarlos de la filosofía especulativa. Al mismo tiempo, renunciaron a toda consideración de la subjetividad — en el sentido filosófico —, centrando sus trabajos en la primacía de la observación. En esa perspectiva, los problemas del alma y la

psique solo podían resolverse mediante un enfoque monista capaz de incorporar el fenómeno de la conciencia al campo de la fisiología y, por ende, de la ciencia experimental. Para el joven Freud ese compromiso con la fisiología y el evolucionismo perpetuaba una adhesión ya antigua a la filosofía materialista.

En el verano de 1875 realizó por fin su sueño de viajar a Manchester para pasar un tiempo con su medio hermano. Preparó su viaje con minucia, recitó versos, escribió cartas, se sumergió en la historia inglesa y se afirmó fanáticamente «anglómano». Soñaba ya con llegar a ser ciudadano inglés: «*To become an Englishman*». A despecho de «la niebla, la lluvia, el conservadurismo y la embriaguez», sentía una profunda atracción por Inglaterra, por su sistema económico y político, por su literatura y por su culto de una ciencia experimental que le parecía muy alejada de la tradición metafísica alemana. En una carta a Eduard Silberstein escribía:

Si quisiera actuar sobre una gran masa de individuos, en vez de una pequeña cohorte de lectores o pares, Inglaterra sería el país indicado para esa ambición. Un hombre considerado, sostenido por la prensa y los ricos, podría hacer milagros para aliviar los padecimientos físicos si fuera lo bastante investigador para internarse en nuevos caminos terapéuticos. ⁵⁰

Entretanto, fue en Trieste, donde Carl Claus había fundado un instituto de investigaciones sobre los animales marinos, donde efectuó sus primeros trabajos de zoología, a la vez que descubría el mundo mediterráneo. Apasionado por el hermafroditismo, Claus le había encargado someter a prueba la reciente afirmación del investigador polaco Szymon Syrski, que pretendía haber descubierto testículos en las anguilas. Al cabo de dos períodos de trabajo y el examen de cuatrocientos especímenes, Freud intentó efectivamente confirmar la hipótesis del «órgano de Syrski», pero aprendió sobre todo, a discurrir, a plegarse a las exigencias de la ciencia experimental. Y aprovechó su estancia para interesarse en la sensualidad de las mujeres italianas, a quienes comparaba con divinidades.

Gran maestro de la escuela austríaca de fisiología, Brücke había logrado unir en una misma enseñanza la tradición alemana de la me-

dicina de laboratorio y la mirada clínica formada en la práctica hospitalaria vienesa. Personaje pintoresco, de melena pelirroja y sonrisa diabólica, este especialista berlines en la fisiología de los ojos, la dirección y la voz era asimismo un enamorado de la poesía y la pintura, que no vació en inventar una «escritura universal» —la pasigrafía— a la que adjudicaba el potencial de transcribir, algún día, todas las lenguas del planeta. Ejercía sobre sus alumnos un verdadero poder de seducción, tanto por sus capacidades para transmitir los principios de la ciencia de los organismos como por su concepción elitista y hasta tiránica de la jerarquía universitaria. Apreciaba el talento y propicaba en sus discípulos la eclosión de la inteligencia, a la vez que los ayudaba a progresar y liberarse de toda mentalidad arribista. Ninguno de ellos le sería infiel. No bien conquistado, Freud lo vio como un maestro, en el que admiraba la mirada azul y penetrante y sobre todo una autoridad patriarcal que le parecía inmune a la claudicación: todo lo contrario de Jacob Freud.

En el laboratorio de Brücke conoció a tres fisiólogos brillantes: Signund Exner, Ernst von Fleischl-Marxow y Josef Breuer. Este último se interesaba ya en las medicinas del alma y por lo tanto en las enfermedades mentales, tratadas por la psiquiatría, y las enfermedades nerviosas, que estaban en la órbita de la neurología.

Los tres formaban parte de una comunidad científica de aspecto nobilitario, donde se mezclaban relaciones intrafamiliares, intercambios clínicos, amistades, inclinaciones amorosas, ambiciones sociales, gustos estéticos y un deseo de cambiar la vida, sobre la base de la ciencia anatomoclínica más refinada del mundo europeo. La mayoría de los miembros de ese cenáculo, fuesen ricos o pobres, pertenecían a la burguesía liberal progresista. Visitantes asiduos de los salones literarios y los cafés, mantenían vínculos con artistas, escritores, filósofos, universitarios, periodistas. Unos eran judíos, otros no; los había librepensadores e incluso protestantes o católicos, pero todos se habían apartado del influjo de un ideal religioso juzgado anticientífico y oscurantista.⁵¹

Tras el estudio de la sexualidad de las angustias Freud se propuso ir a Berlín, ciudad admirada, para asistir a los cursos de Helmholtz y Du Bois-Reymond. Al cabo de un tiempo, renunció al proyecto y prosiguió con sus trabajos zoológicos. Bajo la batuta de Brücke e

impregnado de evolucionismo, se consagró, gracias a la magia del microscopio, al estudio de las neuronas del cangrejo y luego a la médula espinal de uno de los peces más primitivos (*Ammonoetes petromyzon*), lo cual le permitió elevarse hasta el sistema nervioso central del hombre. A continuación trabajó en la elaboración de una teoría del funcionamiento de las células y las fibrillas nerviosas, a la vez que hacía una carrera médica clásica, completada con una formación de dos semestres en el laboratorio de química del profesor Carl Ludwig. En síntesis, Freud estaba por entonces en vías de convertirse en uno de los mejores investigadores de su generación en anatomía, biología y fisiología.⁵²

En marzo de 1881 finalizó sus estudios, defendió su tesis doctoral y se lo designó en el cargo de preparador (asistente) en el Instituto de Fisiología de su venerado maestro. Entretanto había cumplido su año de servicio militar obligatorio y, para escapar al tedio, había traducido el duodécimo volumen de las obras completas de John Stuart Mill, dedicado a la emancipación de las mujeres, a Platon, a la cuestión obrera y al socialismo. La invitación a hacer ese trabajo procedía de Theodor Gomperz, que se había dirigido a Brentano, quien, a su vez, le había hablado de las cualidades excepcionales de su ex alumno. Miembro de una familia de banqueros e industriales judíos de Moravia, Gomperz, poliglota y helenista distinguido, padecía crisis de melancolía y exaltación. Solo concebía la cultura (*Bildung*) y el progreso bajo la forma de un refinamiento creciente en el uso de las lenguas.⁵³ Más adelante Freud mantendría excelentes relaciones con este intelectual vienes que le había hecho descubrir el método filológico, y que sería incluso el médico de su esposa.⁵⁴

A pesar de sus cualidades como investigador, Freud, por consejo de Brücke, decidió en el verano de 1882 inclinarse por una carrera de médico y, por lo tanto, proseguir su formación en el Hospital General de Viena. Habida cuenta de su juventud, no tenía posibilidad alguna de suceder a su maestro en la dirección del instituto, toda vez que dos asistentes de este —Exner y Fleischl— tenían prioridad sobre él.⁵⁵ Además, como no disponía de ninguna fortuna personal, no podía contemplar la posibilidad de ser titular de un cargo muy mal remunerado. En esa fecha, por otra parte, ya pensaba en un futuro muy distinto.

Así, después de mostrar una curiosidad insaciable por las ciencias naturales más avanzadas de su tiempo, aprendió a reconocer la verdad de la amonestación de Mefistófeles en el Fausto de Goethe: «En vano rondará usted de ciencia en ciencia, / cada quien solo aprende lo que puede aprender». ⁵⁶